

# **INTERDEPENDENCIA DE LAS CRISIS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Alejandro Nieto García\*

## **REALIDAD Y PERCEPCIÓN**

Vivimos conocidamente en un momento de crisis, que inicialmente fue tomada como sectorial, simplemente económica, y además local, es decir, española; pero cuyo alcance se fue extendiendo —así se comprendió pronto— tanto territorialmente, poco menos que a todo el planeta, como por su ámbito, al afectar a las instituciones públicas, a las estructuras político-administrativas y a los valores de la cultura. Una visión global, en definitiva, que parece afectar en mayor o menor grado a la civilización occidental. Se tiene la sensación de que “nuestro mundo” —en el que habíamos nacido y vivíamos satisfechos hasta hace poco— se está desmoronando y comienza una nueva era.

Los ciudadanos se sienten maltratados y en su desesperación escuchan fervorosamente la voz de profetas no siempre de larga vista. Aunque también existen individuos, ordinariamente de edad avanzada (como es mi caso) que observan la situación con más serenidad. Aquí, como en todas partes, tanta importancia tienen los datos objetivos como su percepción subjetiva o personal. Esto explica errores temperamentales o que los de mi generación no se sientan demasiado impresionados por la gravedad de la crisis actual dado que, por así decirlo, están curados de espanto. A quienes hemos visto las “cacharras” de Auxilio Social y manejado los cupones de racionamiento nos parecen un lujo los comedores sociales de hoy, nos sorprenden las ropas confortables que visten los mendigos y admiramos el nivel de consumo que se mantiene todavía. La situación presente no puede desconcertar demasiado a los que hemos cono-

---

\* Sesión del día 4 de noviembre de 2014.

cido las calamidades económicas y el naufragio cultural de la Segunda República, de la Guerra civil y de la Posguerra que, comparadas con las de ahora, nos inducen a creer que estamos todavía en el país de Jauja. En el sobreentendido, claro es, de que desdramatizar no es ignorar.

Lo mismo puede decirse de la crisis de valores, tan magnificada. ¿De qué valores se está hablando? ¿A qué se están refiriendo los coros de lamentaciones? Porque yo he estudiado en un colegio de frailes arrogantes y he presenciado quemas de conventos y degüellos de curas; me han enseñado el valor de la fidelidad y he visto con qué rapidez mis vecinos se cambiaban de bando una y otra vez. Me han predicado la honradez al tiempo que se premiaba el engaño. Me hablaban de Justicia los explotadores y de castidad los adúlteros. ¿Cuál de todos estos valores son los que se echan de menos en estos tiempos?

No entiendo tampoco de qué se escandalizan los que denuncian la crisis política y el desprestigio de las instituciones, que en España nunca han sido una novedad. En el curso de mi larga vida ha rodado una Monarquía despreciada y caído una República odiada. Se han alzado y hundido dos dictaduras personales. Nunca se ha fiado nadie del Estado, de la provincia y del municipio, de los partidos y de los sindicatos. Para el español el Estado ha sido siempre el enemigo y la Administración un patio de explotadores lejanos, corruptos, incompetentes y despiadados. Reconozcamos que en tal punto no se ha producido cambio alguno.

## **ELEMENTOS ANALÍTICOS**

Las percepciones indicadas producen con frecuencia una reacción o bien de radicalismo (¡abajo con todo!) o bien de escepticismo ( “no se puede hacer nada”), sea resignada o crítica, cuyas consecuencias son bien conocidas.

Ahora bien, desde la plataforma del escepticismo crítico se puede profundizar en el análisis de la crisis con la ayuda de dos operaciones intelectuales singularmente eficaces: por un lado, la inserción de la crisis en un proceso evolutivo temporal y, por otro, subrayando la interdependencia de las crisis sectoriales. Con estos dos planteamientos se consigue levantar al menos la punta del velo que oculta lo que está sucediendo y, además, abordar la deseada superación de una manera más realista.

### **A) Maduración y eclosión de las crisis**

De una crisis hay tantas concepciones como se quiera, pero todas tienen un dato en común: la crisis no es un fenómeno estático, aislado en sí

mismo, sino una simple fase de un proceso evolutivo. De tal manera que, por abrupta que sea su aparición, siempre es el resultado de un proceso de maduración que puede ser largo y de apariencia benigna y aun favorable. Vistas así las cosas se diluye de inmediato la nota de lo súbito, de lo inesperado que suele atribuírsele. Porque una cosa es la eclosión de un fenómeno —ciertamente brusca de ordinario— que es un resultado; y otra la maduración de su proceso etiológico, que por lo común es lento y largo. Todos perciben la crisis, se lamentan de ella y se esfuerzan en remediarla; pero únicamente los observadores agudos detectan su incubación y atienden más las causas que las consecuencias. Los llamados ataques de malaria no son una enfermedad intermitente sino las manifestaciones intermitentes de una enfermedad permanente. La enfermedad no está en las convulsiones de la fiebre sino en la infección que padece el organismo en su interior. Esto es algo obvio, aunque conviene recordarlo porque es error común atenerse a las manifestaciones esporádicas y pasar por alto las causas.

Nada se consigue, por lo demás, denunciando la existencia de tales causas porque hasta que no se produce la eclosión nadie se preocupa de ellas. En 1994 publiqué un libro sobre *“la corrupción en la España democrática”*, en el que ponía de relieve de forma contundente la existencia del mal; pero como todavía no era demasiado visible nadie quiso darse por enterado y sólo varias décadas después se ha reconocido —por desgracia demasiado tarde— que estamos atravesando una crisis de ética pública para la que afanosamente se buscan soluciones milagrosas. En 1982 alerté en un foro internacional sobre la vulnerabilidad de la constitución de 1978 y anuncié los tropiezos que inevitablemente habían de venir. Entonces me silenciaron por escandaloso y ahora todos se escandalizan de los tropiezos cuando ya son visibles y es demasiado tarde. En esta Academia varios perspicaces colegas nos han venido advirtiendo desde hace varios años de la inminencia de una crisis económica que por estar todavía soterrada nadie quería reconocer ni prevenir cuando era tiempo. Y por no haberlo hecho, hoy estamos en llantos y crujir de dientes, en la penitencia si se quiere, aunque no en el propósito de la enmienda.

Cuando se examina el proceso causal, la predicción de las crisis no es una adivinanza ni una operación mágica. Conociendo la órbita de los astros y su velocidad de desplazamiento cualquier matemático puede determinar el momento exacto de un eclipse futuro y el grado de su oscuridad. Un médico rural, si constata en una analítica la presencia de un determinado microorganismo puede afirmar sin equivocarse que va a producirse un ataque de malaria. Aunque bien es verdad que media una diferencia fundamental entre las consecuencias de estas predicciones naturales, físicas o biológicas, y las que se refieren a crisis sociales, incluyendo aquí las políticas, económicas y culturales, porque en éstas median siempre, o pueden mediar, factores distorsionantes que inevitablemente transforman la certidumbre en probabilidad y aun mera posibilidad.

Por otro lado, la identificación de las causas es fundamental a la hora de intentar superarlas, dado que es a las causas y no a sus manifestaciones visibles a las que hay que apuntar. *Si las causas no se rectifican, volverá a tropezarse y caerse en la misma piedra cuando se repita el ciclo.* Tal es la primera tesis de la presente ponencia. Una crisis es mucho más que una avería, hasta tal punto que *su superación no consiste en que las cosas vuelvan a funcionar como antes sino que han de hacerlo de otra manera.*

## **B) Interdependencia de crisis**

El segundo aspecto al que antes se ha aludido es el de la interdependencia de crisis que interactúan sinérgicamente. Las crisis son parciales o sectoriales aunque encuadradas en un escenario más amplio. Una crisis global ya no sería una crisis en sentido propio sino el punto final de un proceso de entropía perfecta: la quietud definitiva de la superficie lunar sin tormentas exteriores ni magmas subterráneos en movimiento. Fuera de esto, un sector sano puede evitar, o al menos frenar, la crisis de otro enfermo; y si los dos están mal caen juntos acelerándose recíprocamente.

La existencia de crisis sectoriales y su aparición intermitente, sea cíclica o no, es una constante histórica. En todos los países se detectan ocasionalmente momentos de alguna crisis artística, política, económica, universitaria y hasta deportiva. Crisis que no se producen —salvo excepciones, que las hay— nunca aisladas sino junto con otras, aunque no sean necesariamente sincrónicas, con las que interactúan intensamente. La crisis económica actual —la crisis por antonomasia— sólo puede entenderse en su contexto político, que tanto influyó en su aparición y tanto está influyendo en los esfuerzos de superación. Si no se tienen en cuenta estas interconexiones —que los especialistas pasan por alto con tanta frecuencia— no podrá comprenderse bien lo que ha sucedido ni, sobre todo, abordarse correctamente sus eventuales remedios.

No hay economía sin política como no hay política sin economía y, cerrándose el axioma, no hay política ni economía sin Administración, como no hay Administración sin servidores competentes para gestionarla. Si falla una de estas piezas o eslabones, el sistema se viene abajo y emergen las crisis. En determinadas circunstancias se produce un círculo vicioso con resultados letales, en el que todos los elementos retroalimentan su deterioro. La decadencia política lastra el desarrollo económico y éste arrastra consigo la ineficacia del aparato administrativo, que se refleja en la economía, cerrando con ello un círculo de naufragio con el hundimiento general de los valores culturales.

Así llegamos a la situación de una crisis llamada económica porque fue la primera que llamó la atención debido a que sus consecuencias no podían pasarse por alto ni disimularse mucho tiempo; pero que en realidad formaba

parte del proceso sistémico a que acaba de aludirse. La historia empezó con el estallido de una burbuja urbanística cuya formación sólo podía explicarse por la sombra de una política económica miope y por el abrigo de una Administración urbanística gravemente incompetente y corrupta. Es decir, que la crisis económica puso al descubierto la incompetencia y la corrupción que no sólo taraban la política y la Administración urbanísticas sino la casi totalidad de las instituciones del país empezando por el Poder Judicial y el sistema bancario, pero que naturalmente no se detenía aquí. Sin esa conexión o dependencia previa es probable que la crisis económica no hubiera alcanzado tan singular violencia y desde luego se hubiera detectado mucho antes. Crisis de todo el sistema, en definitiva, y no solo económica y mucho menos urbanística exclusivamente.

Las crisis sectoriales operan como las mareas. En la pleamar nada se percibe; pero cuando baja el nivel aparecen las irregularidades y podredumbres que antes estaban piadosamente tapadas por las aguas. Cuando baja la marea económica —como recientemente ha sucedido— el paisaje que se descubre es desolador hasta tal punto que para muchos desaparece el orgullo patriótico sustituido por la “vergüenza de ser español”, ya no hay atractivos para quedarse en España ni a los ciudadanos ni a los fragmentos de Estado. Pérez Galdós ha atribuido nada menos que a Cánovas la tremenda propuesta de definir en a los españoles en el artículo primero de la Constitución como aquellas personas “que no pueden ser otra cosa, que no pueden obtener otra nacionalidad”. El que puede emigra, a ser posible para no volver. Filipinas y Cuba se marcharon en 1898 y Cataluña en 1937 negoció con Francia y el Reino Unido separarse de la República y de la Guerra civil con el premio de la independencia.

La mentalidad de los españoles ha cambiado y sus ánimos están atravesando un momento muy bajo. Las estrecheces económicas no son un estímulo vital precisamente, pero lo peor es la reacción negativa ante ellas. Muchos hemos visto a España y a Europa literalmente en ruinas y cómo la población, apretando los dientes, quiso levantarse y se levantó. Hoy todo es distinto. El nervio moral se ha roto y los medios de comunicación fomentan deliberadamente la debacle. Al estímulo ha sucedido el odio, cultivado con esmero. Se odia a los políticos y a los funcionarios, se odia a las generaciones pasadas y hasta a los rivales deportivos, convertidos en enemigos. Y lo peor es que se trata de un odio artificialmente estimulado porque con él se cubren intenciones protervas. Con el odio a España se alientan los separatismos, con el odio a la clase política se justifica la corrupción propia y la anarquía; con el odio a las instituciones públicas se alienta el fraude y la desobediencia. Se ha lanzado el grito de ¡sálvese quien pueda; y los pasajeros abandonan el barco peleándose despiadadamente para asegurarse un puesto en los botes salvavidas, si es que no los destruyen antes.

La idea de destrucción empieza a ser obsesiva. Hay que destruirlo todo. Hay que dismantelar el Estado y despedazar la nación. Hay que triturar las

instituciones públicas y, en un alarde metafísico, combatir hasta lo que se desconoce: a Dios y al sistema, por ejemplo. Lo único que debe mantenerse a todo trance son los privilegios propios sin que nadie se preocupe de su pago ni de su financiación. Para los nostálgicos de los tiempos pasados hemos vuelto a la edad de los bagaudas posromanos, de las bandas negras medievales, de las revoluciones modernas, de las convulsiones contemporáneas.

Vistas así las cosas o, mejor dicho, visto cómo ven muchos las cosas, se desdibuja la relevancia de la crisis económica, que con toda evidencia no puede ser la causa de estos huracanes. La revolución francesa empezó con un desorden judicial y un atasco fiscal; pero lo que aparece primero no es necesariamente la causa de lo que viene luego. La Guerra civil española empezó con un alzamiento cuartelero, pero nadie puede decir que éste fuera su causa, ya que estaba mucho más allá de las armas: en unos conflictos sociales y económicos que nada tenían que ver con los generales.

Dramatismos aparte, las consecuencias de lo que acaba de decirse saltan a la vista y confirman la tesis enunciada: la crisis económica, aunque por antonomásica se la tenga, es una manifestación parcial o sectorial de un fenómeno más amplio, habida cuenta de que todas las crisis son interdependientes e interactúan de manera constante. Se impone, por tanto, elevar el pensamiento económico y todos los demás especializados, a un nivel superior como única forma de, primero, poder identificar las verdaderas causas de su emergencia; segundo, evaluar correctamente sus efectos; y tercero, indagar y ensayar eventuales remedios. Y es cabalmente a este último punto al que voy a seguir refiriéndome en el resto de mi exposición porque estoy sospechando que se ha iniciado oficialmente un mal camino al pasar por alto la necesaria perspectiva global.

Una afirmación que ciertamente no es nueva ni mucho menos original. En el repertorio de las carencias y dificultades que se manejan en el estudio de la presente crisis económica se insiste mucho, y con razón —pero únicamente de manera verbal, sin la menor intención de corregirlas— sobre las llamadas diferencias sistémicas o estructurales, que van más allá de la economía, como la educación, la investigación, la obsesión hedonista, los hábitos laborales y sociales. Esta perspectiva es tan acertada como incuestionable y lo que yo me propongo aquí es subrayar su peso en el naufragio y su importancia para la eventual recuperación. Al estudiar la crisis lo fundamental no es conocer sus consecuencias económicas sino sus causas económicas y extraeconómicas; y al estudiar las medidas de recuperación, lo fundamental es conocer los aspectos no económicos que operan como requisitos para la efectividad de cualquier decisión.

## **Las causas de las crisis y la dificultad de superarlas si no se cuenta con ellas**

Mejor o peor, tarde o temprano, de manera voluntaria o impuesta desde otras instancias, es el caso que el Gobierno español está ensayando unas recetas económicas —visualizadas en las masivas inyecciones financieras y en los llamados recortes— con las que se espera superar la crisis económica. Y es posible que así sea, pero no me corresponde a mí analizarlo ni pronosticar sus resultados. Lo que sí quiero denunciar es que, en el supuesto más favorable, será un remedio insatisfactorio precisamente por no tener en cuenta el planteamiento global, sistémico, de interdependencia enunciado en la presente intervención. Porque *dada la situación general española las recetas aceptadas resultan de difícil aplicación y de dudosos resultados*, según se está comprobando ya.

Los “recortes de autoridad” (llamados así por comodidad expositiva) tienen ciertamente unos efectos perceptibles de saneamiento económico; pero sus efectos políticos, en virtud del principio de la interdependencia, son graves como se ha visto llamativamente en Grecia y también en Portugal y Francia, a reserva de lo que pueda suceder en un futuro inmediato. En cualquier caso han desequilibrado de manera sensible el funcionamiento político de varios países y en cierto sentido también el de las instituciones europeas.

Desde mi punto de vista, sin embargo, hay otro efecto tan importante o más que el anterior, a saber, la incompetencia técnica del aparato administrativo español, la ignorancia del aparato político y la corrupción de todos, que dificultan la aplicación correcta de las medidas que se arbitren. Dicho más crudamente: *en España no estamos en condiciones de aplicar las medidas de superación de la crisis por muy adecuadas que sean* dado que resultarán menos eficaces y más costosas de lo previsto y, sobre ello, exasperarán la irritación y la resistencia que en todo caso han de producir.

Si se piensa que estas deficiencias fueron en buena parte las que provocaron —o no evitaron o al menos no frenaron— la emergencia de la crisis económica, es inevitable que ahora taren sus remedios y nada se conseguirá si no se empieza por ahí, por las causas, y se cree que las recetas van a aplicarse fácilmente y van a producir automáticamente sus efectos. O lo que es lo mismo: la crisis económica no tiene que abordarse simplemente en el plano económico sino en el global, en el llamado sistémico o estructural, político, administrativo y social.

Lo peor de la crisis no es, por tanto, su existencia sino la dificultad de superarla. Porque al haber optado durante siglos por no afrontarlas directamente se ha llegado a una situación que algunos consideran de crisis permanente y que más propiamente se trata de una parálisis entrópica. Parece que una mano negra se cuida de dificultar el destino de España. A veces se le ha

identificado con “la pérfida Albión” o, en términos aún más grotescos, con la conspiración judeomasónica o con las siniestras sotanas del Vaticano, siendo así que la realidad es mucho más sencilla y que no hay necesidad de inventarse fenómenos tan extravagantes.

Cuando se leen la recetas de recuperación económica que destilan los especialistas propios o se producen en los laboratorios europeos y se piensa en la miopía y debilidad de los políticos nacionales que han de implantarlas y en la incompetencia y desinterés de los burócratas que han de desarrollarlas, se comprende lo inevitable de su fracaso o el elevado coste de su imposición, sin olvidar el cerrilismo de buena parte de las resistencias que han de encontrar. Se “recorta” sin reflexión en los centros más activos de los servicios. El ahorro de gasolina significa la paralización de las fuerzas militares, de la policía y de algunas prestaciones sanitarias. Si se ahorra en el recambio del aceite, se paralizan los motores y si se corta la luz de un hospital, se paraliza éste por completo. Sabido es, por ejemplo, que uno de los factores más eficaces para combatir el paro es la formación técnica de los trabajadores y a tal fin se han destinado sumas enormes procedentes de fondos europeos y nacionales. Los resultados, sin embargo, a la vista están: la codicia de los sindicatos y de los empresarios apoyada por la indiferencia corrupta de las Administraciones públicas ha frustrado las expectativas. Es inútil aportar agua a una red de abastecimiento cuando los canales y las cañerías tienen fugas que nadie se cuida de tapar. No se trató tanto de invertir como de cuidar la inversión.

Una gestión pública satisfactoria presupone la existencia de un aparato burocrático debidamente motivado con capacidad técnica suficiente para desarrollar las funciones que se le encomienden y, en su caso, colaborar en su preparación. En 1976 el Estado español contaba con un aparato de este tipo montado sobre unos cuerpos tradicionales disciplinados y con sentido de responsabilidad completados y modernizados en las reformas de los años 60, que se habían fogueado con la experiencia de los planes de Desarrollo y de la incipiente asunción de una economía de mercado en la que se incorporaron con avidez algunas fórmulas extranjeras. Pero es el caso que durante la Transición se trituró concienzudamente este aparato a través de dos operaciones: por un lado, desarticulándole en 17 nuevas organizaciones territoriales que con su desmesurado aumento de volumen no ganaron en calidad, antes el contrario. Y por otro lado —y esto fue aún más grave— mediante la sustitución de sus directores técnicos por otros políticos, es decir, suplantando a los profesionales por aficionados fueran legos o funcionarios elegidos con criterios políticos. El resultado ha sido un descenso, cuando no una caída, del nivel técnico de gestión y una profunda desmotivación de los funcionarios supervivientes colocados ya en segunda o tercera fila.

Aunque todavía hay algo más. Porque la gestión precisa también —según se ha dicho antes— de un estrato político superior, que el partidismo

ha impedido que madure en sus capacidades y habilidades. La selección de buenas cabezas está limitada por unas prácticas clientelares cerradas y en todo caso su utilización no puede exceder de los períodos de gobierno en alternancia porque la renovación política significa la expulsión implacable de cuantos son ajenos al partido. Sea como fuere, el resultado final es que las instrucciones europeas se deforman sensiblemente a la hora de ser traspuestas al Ordenamiento español pues el filtro político y parlamentario nacional las empeora habitualmente. Y a la hora de aplicarlas se desvían sus efectos, cuando no se paralizan del todo, al caer en manos de un aparato administrativo incompetente.

Con una gestión pública descabezada y sin manos capaces es evidente que poco útil puede hacerse y que han de fracasar inevitablemente las mejores intenciones. De aquí que en los supuestos más favorables, los observadores y los supervisores no puedan pasar de juicios benévolos sobre las tendencias o las actitudes, pero sin aprobar nunca del todo las realizaciones.

Tampoco pueden pasarse por alto las resistencias, tanto externas como internas. Las medidas de gobierno —sobre todo las de superación de crisis— suelen ser dolorosas y en la actualidad los afectados se han acostumbrado a tomar la calle para sus incesantes manifestaciones y protestas, que no siempre las Autoridades tienen energía para rechazar y entonces se produce una paralización puesto que tales resistencias —incluso las acogidas en partidos populistas— no suelen ofrecer alternativas concretas aceptables.

Mayor fuerza tiene la resistencia interior, característica de un Estado débil como es el español, en el que cada Comunidad Autónoma y cada municipio y cada juez pueden ofrecer resistencia eficaz al Gobierno y al propio Estado. Una resistencia visible pero quizás no tan vigorosa como la que ejercen soterradamente los grupos de presión. Porque en este país invertebrado cada centro de poder oficial está en manos de un grupo representativo de intereses parciales: los empresarios y los sindicatos tratan al Gobierno de igual a igual en las materias que les conciernen y nada digamos de la Banca. La Universidad está dominada por unos grupos que bloquean fácilmente cuantas reformas se intentan. La Policía es una taifa. ¿Para qué seguir?

En estas condiciones puede hablarse de medidas para superar la crisis, pero ya es más difícil pensar en sus efectos reales, sobre todo si se tienen en cuenta las disminuciones provocadas por la corrupción.

Con este pesado hándicap se explican las dificultades que tiene en España la superación de la crisis económica y el desmesurado costo, incluido el tiempo, que ha de suponer. Si no lo logra se convertirá en un Estado fallido condenado al subdesarrollo o a la colonización o a las dos cosas. Si lo logra, será un progreso condenado fatalmente a una recaída periódica. Porque la crisis, entendida como una avería cuya superación implica que la maquinaria

vuelve a funcionar en las mismas condiciones anteriores, implica inevitablemente una reproducción del mismo proceso y de la repetición de la crisis. Volviendo al ejemplo de más atrás, el tratamiento habitual de la malaria reduce los paroxismos de fiebre, pero si el mal sigue dentro del organismo, éstos se reproducirán fatalmente.

En resumen de cuentas, el aparato público español ha caído en un nivel de incompetencia, egoísmo y aislamiento que ya no puede actuar con eficacia y sus lánguidos y costosos movimientos sólo sirven para hundirle más en las profundidades del marasmo en que se encuentra. Podemos imaginar incluso una fórmula perfecta para la superación de la crisis económica actual: una revolución técnica inesperada, una ayuda europea generosa. Pues bien, aun contando con ello, el aparato público sería incapaz de aplicarla con éxito. Porque sus elementos personales —políticos y burócratas— están paralizados por la incompetencia, la corrupción y una desmotivación concienzudamente fomentada. Los remedios son perfectamente conocidos pero no hay capacidad para imponerlos con eficacia suficiente. Además, la Sociedad es tan exangüe que no sólo no colabora sino que no tolera la aplicación en la medida en que ésta suponga esfuerzos y sacrificios. La calle está abierta siempre para toda clase de manifestantes. Los médicos que trabajan en países del Tercer Mundo se lamentan de las resistencias que encuentran sus terapéuticas en prejuicios culturales y políticos ignorantes. Algo semejante estamos viendo entre nosotros. En una situación de alarma sanitaria, se despilfarran los medicamentos y se abusa de las instalaciones. En un situación de depresión educacional y formativa los alumnos y estudiantes rechazan la disciplina y regatean el esfuerzo personal. Nadie está dispuesto a renunciar a nada. Con paros millonarios, los puestos de trabajo se ocupan por inmigrantes. Estado y Sociedad colaboran no ya en la pasividad sino en la aceleración del desastre.

Los economistas conocen bien estos fenómenos y por ello insisten en la exigencia de “reformas estructurales” a que se ha aludido antes, que ciertamente son necesarias aunque no suficientes si se limitan a los aspectos económicos o de impacto económico directo, dejando a un lado las reformas políticas imprescindibles como consecuencia del principio de la interdependencia de crisis. El regeneracionismo político, del que ahora tanto se habla, parece apuntar en esta misma inspiración. Sin pretender magnificar aquí las diferencias semánticas yo me inclino por la expresión de la *idoneidad*, al entender que la aplicación de las medidas superadoras de las crisis exigen la presencia previa de un aparato político y de un aparato administrativo idóneos para producir tal efecto.

Veamos entonces sumariamente lo que parece que se está intentando, con particular referencia a los aspectos políticos y administrativos, que son los únicos sobre los que puedo hablar ya que no con autoridad, al menos con soltura.

## **La renovación del sistema político: un brindis al sol**

La crisis política es tan evidente que todos se apresuran a reconocerla y también llueven propuestas de reforma, las más de ellas de vuelo corto. Pero también se ofrecen otras de mayor calado con el atractivo de su imprecisión. Grandes recetas de efectos trascendentales, casi milagrosos si bien inciertos, a las que tan aficionados son los españoles, siempre dispuestos a tirarse a la piscina sin asegurarse primero si tiene agua o si se sabe nadar. Es la gran evolución que se acomete con los ojos cerrados, que se abrirán más tarde para ver lo que pasa. Porque lo importante, al parecer, es cambiar de postura. Entre nosotros se han preferido siempre los caminos cómodos de las falsas esperanzas, de los populismos de plazuela que prometen paraísos imaginarios.

Mirando hacia atrás vemos que el desastre isabelino se enderezó con una revolución verbal —y hasta “gloriosa”— concretada en una dinastía desconocida y en una república jeroglífica. El caso del reinado de Alfonso XIII fue más complejo, pero se resolvió con la misma alegría irresponsable de un brindis al sol. En 1931, hundida la monarquía arrastrada por la dictadura primoriverista, dio paso a la Segunda República, que de momento era un rótulo, una vasija de contenido no determinado: si federal o unitaria. Inmediatamente llegaron tiempos de violencia. Con el 18 de julio de 1936 se abrieron las dos Españas dispuestas a acuchillarse y lo hicieron a placer. La Guerra civil y la posguerra dejar al fin al país en escombros.

Es posible que en 1976 hubiera una crisis política intensa; pero los españoles la sortearon con tanta paciencia y habilidad que no hubo quien pusiera en dudas su superación y más contando con que Occidente nos ofrecía una fórmula mágica con su democracia constitucional. La Transición fue, sin embargo, un salto pacífico hacia un vacío prometedor, que parecía conocida y se aceptó sin reservas aunque, eso sí, con la firme intención de hacer trampas.

Ahora se nos dice que la Transición fue otro engaño y que es imprescindible y urgente salir del pozo político en que hemos caído y a tal propósito si bien es verdad que escasean las sugerencias concretas precisas y razonadas, abundan las que se toman de los viejos recetarios de soluciones opacas pero deslumbrantes: de nuevo el federalismo, de nuevo la república, de nuevo la democracia revolucionaria de los soviets, de nuevo las secesiones territoriales. Cualquier cosa que suene bien y no precise nada. Dar el salto y luego se verá si la piscina tiene agua y quién sabe nadar.

## **La renovación del aparato administrativo: la rutina anacrónica**

Cualquiera que sea el sistema político, el desarrollo de la política económica que sostenga pasa necesariamente por la gestión adecuada de un apa-

rato administrativo público y ya se ha repetido que la carencia de un aparato idóneo fue una de las causas del desencadenamiento de las crisis actuales, como hoy en un obstáculo fundamental para la recuperación.

No se puede reconstruir una casa arruinada utilizando las vigas podridas que se quebraron cuando se hundió. Con una Administración politizada, desmotivada, incompetente, derrochadora y corrupta se hace singularmente difícil la recuperación. Para salir de la crisis habría que empezar saneando la Administración Pública e incluso podría aprovecharse la oportunidad para reformar lo que tan difícil resulta en circunstancias normales. Mas no parece que quiera caminarsse en esa dirección y las cosas se están poniendo peor.

Con los recortes se ponen en la calle miles de empleados públicos y se han suprimido docenas de organismos inútiles. Pero otros tantos seguirán entrando por la puerta de atrás y se abrirán nuevas oficinas con otro nombre. Y los viejos y los nuevos continuarán trabajando con el estilo de siempre, distribuyendo torpemente los recursos que lleguen y desviando en provecho propio lo que puedan, continuarán asignándose retribuciones privilegiadas, dejarán las cosas a medio hacer y, sobre todo, no se tocarán los problemas de fondo. Con este grillete en el pie tendrá que afrontarse en España la superación de la crisis.

En definitiva y conclusión: Aunque salgamos de la crisis presente, si se mantienen las condiciones que la provocaron, será inevitable que se repita el procedo de degradación y, más pronto que tarde, volveremos a las andadas